

SUPERAR MITOS FALLIDOS

AGUSTÍN SALVIA

Especialista en desigualdad, pobreza y mercados de trabajo. Investigador Principal, CONICET; Director de Investigación, Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA; Director, Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani, UBA. Lic. en Sociología y Mágister en Ciencias Sociales y Políticas, UNAM; Dr. en Ciencias Sociales, El Colegio de México. Autor de *Deudas sociales en la Argentina posreformas. Algo más que una pobreza de ingresos*.

La superación de la pobreza, la marginalidad y la desigualdad social continúa siendo objeto de debate tanto en la Argentina como en el mundo. Al menos en nuestro país, distintos dispositivos político-económicos han fracasado en generar dinámicas productivas, matrices sociales e instituciones políticas capaces de proyectar un modelo de desarrollo con inclusión económica, social y ambientalmente sustentable. La evidencia muestra que luego de cada nuevo intento, al menos desde la década del setenta del siglo XX hasta aquí, las cosas vistas en perspectiva de futuro no son nada satisfactorias. ¿Por qué parados donde estamos hoy el futuro podría ser diferente en el año 2030?

Definir las políticas correctas, al igual que elaborar conocimientos ciertos acerca de la realidad, en este caso para cosechar en década y media el país que queremos o que creemos que nos merecemos, implica asumir un conjunto de supuestos generales a partir de los cuales se hace posible acordar metas, evaluar diagnósticos, diseñar instrumentos plausibles de ejecución, cuidar su implementación y esperar que los resultados sean los esperados.

El problema es que las preguntas a las que invita responder la iniciativa Argentina 2030 pueden eventualmente tener respuesta y lograr algún resultado diferente al conocido si y sólo si se imponen condiciones políticas que nos permitan superar las brechas ideológicas que genera la adhesión a viejos paradigmas que han sido refutados por los hechos. Es por lo que, en un sentido amplio, quizás la primera gran política que debemos

diseñar sea aquella orientada a producir un cambio cultural, moral y ético en la sociedad que modifique nuestra escala de valores. Una política que haga posible el desenmascaramiento incompasivo de nuestros fracasados mitos, revise críticamente el pasado y nos obligue a mirar el futuro próximo con mayor realismo. No una política del “no conflicto social”, la cual resulta anómica, además de reaccionaria. Sí una política en donde nuevos idearios introduzcan nuevos conflictos, estimulen a la ingeniería social y hagan posible acuerdos refundacionales.

Entre los falsos mitos de apostolado y confrontación que ofrece nuestra historia política moderna, cabe detenerse en esta contribución, a manera de ejemplo paradigmático, en los suscitados en las últimas décadas por la conflictiva relación Estado-mercado. Sea desde el campo ideológico neoliberal o desde el abanico ideológico populista, el modelo pro-mercado versus el ideario pro-Estado logró instituirse a nivel dirigencial, académico y para una parte de la opinión pública como (anti)verdades enfrentadas. Posverdades en etapa adulta a las cuales debemos obediencia reflexiva y discursiva: la superación de los problemas del subdesarrollo, entre ellos la pobreza, habrá de surgir de un orden económico en donde prime la mano invisible del mercado, versus la solución a dichos problemas sólo habrá de devenir de un Estado en donde el pueblo gobierne despojado de los inescrupulosos intereses que gobiernan los mercados.

En realidad, no hay nada en la historia moderna de la humanidad (dicho por las dudas, tampoco en la de nuestro país) que muestre algo de verdad detrás de ninguna de ambas teorías. Aunque sí, dolorosas, tristes y reiteradas experiencias, todas ellas fracasadas, la mayoría rápidamente olvidadas, en donde los ciudadanos de a pie fueron empujados a tomar partido en una guerra mitológica. ¡Como si no tuviéramos nada mejor que hacer!

El desarrollo de las sociedades locales, en el contexto del sistema global, está lejos todavía de poder prescindir de los agentes e intereses de los mercados, tanto como de las capacidades y el poder regulador de los Estados. No es fácil decir lo mismo con respecto a la democracia, pero es claro que no disponemos todavía de un mejor sistema político. Al menos por ahora, necesitamos de mejores mercados y de mejores Estados,

así como institucionales reguladoras innovadoras. De mejores pequeños y grandes empresarios y agentes de mercado y de mejores pequeños y grandes políticos y funcionarios a cargo de instituciones estatales. Sometidos todos a más transparentes y eficientes plataformas de control democrático.

Pero para que ello funcione, necesitamos también de mejores ciudadanos constructores de opinión pública preocupados no sólo en su presente egoísta, sino también en el bien común. Todos con la debida conciencia de que, en sociedades capitalistas como la nuestra, al menos un tercio de la población han sido descartados como ciudadanos plenos, tanto por los mercados, sometiéndolos a un estado de pobreza involuntaria, como por los Estados, asimilados como clientes políticos a cambio de una mínima asistencia social. La inclusión plena, presente y futura de esta parte de la sociedad, demanda superar las falsas dicotomías para hacer posible una nueva generación de acciones políticas y de mercado orientadas a lograr una distribución más justa de las capacidades de desarrollo social.

En el contexto de un proceso social dirigido a un radical cambio cultural, moral y ético que haga posible una reinterpretación política de nuestro ideario de sociedad, la agenda del día a día deberá ir cambiando y los problemas a formularnos ser otros. Al menos, deseo aquí proponer tres reinterpretaciones que considero fundamentales para la Argentina del 2030:

1. Sin duda, cabe discutir cuál es el mejor perfil productivo posible y deseable, así como su relación con el mercado mundial, pero no para conquistar el “futuro de grandeza que nos merecemos”, sino para generar de manera productiva los empleos plenos y los trabajos inclusivos necesarios que requiere una sociedad integrada.
2. Por supuesto que cabe abordar reformas fiscales, tributarias, laborales y educativas, sin olvidar las administrativas, comerciales y financieras, pero no sólo para aumentar la productividad económica media, sino en clave a reducir desigualdades y superar las heterogeneidades estructurales productivas, regionales y sociales que atraviesan a nuestro sistema socioeconómico.

3. Evidentemente, se hace necesario repensar los sistemas de protección, el hábitat y la seguridad social para los sectores “descartados”, pero no a través de reproducir su estado de pobreza a través de sistemas asistenciales, sino para incorporarlos de manera subsidiaria a un programa de desarrollo integral, económico, social y ambiental, con plenos derechos ciudadanos.

Por ahora, la rivalidad entre identidades pro-mercado versus pro-Estado, así como otras tantas falsas grietas mitológicas que atraviesan a la sociedad argentina, desvían estos debates, amordazan las demandas subyacentes, erosionan la empatía que alimenta la responsabilidad social y nos hace perder tiempo y recursos valiosos.

Cuánto más enfrentados estamos, más difícil es ponernos en la situación de los otros y poner en valor intereses comunes. Y, más problemático, menos predispuestos estamos a aceptar las decisiones, aunque democráticas, de quienes creemos que nada tienen que ver con nosotros. En este marco, corremos el riesgo, una vez más, de que nuestros viejos mitos en disputa continúen legitimando desigualdades sociales cada vez más injustas como infranqueables, y que la agenda Argentina 2030 se constituya en un eventual juego de artificios.